

dio siglo; entre Virgilio, que habiendo entrevisto la luz eterna quiere conocer las causas de las cosas, está constantemente atormentado por el estrépito de aquel avariento Aqueronte que corre debajo de sus piés, que impone á los suicidas tales tormentos, que quisieran volver á la tierra, aunque con la condicion de cargar con el peso del dolor; y Lucano que hace del suicidio la suprema virtud, que en recuerdo de la muerte de Petreyo y Juba, en su combate supremo, manifiesta á los dos frenéticos que se están convidando con el encanto de un asesinato mútuo, reciben estocadas y cuchilladas con la mayor ventura y los devuelven con gratitud.

— *Debeso aquel que conoce el origen de las cosas
y que arrojado por el mundo á la vida
debebat grato moriens interficit ietu*

Por esto el suicida Caton le inspiró su mas hermoso verso:

Causa diis victrix placuit, sed vincta Catoni.

La causa vencedora plugo á los dioses, mas la causa vencida plugo á Caton.

XXXIII

De modo que durante los emperadores, el suicidio vino á ser el gran remedio de todos los males, el cúralo—todo de todos los dolores: fué el consuelo del pobre, la venganza del proscrito harto de su cautiverio, la fuga del alma de su prision.

Fué el remedio universal hasta para el hastío, y la saciedad del rico.

El hombre del pueblo carecia de pan; qué hacia? preguntádselo á Horacio: envolvía su cabeza en su capa desgarrada, y desde lo alto del puente Fabricio se arrojaba al Tíber.

El gladiador no encontraba la muerte en el circo con la prontitud que esperaba: qué hacia? preguntádselo á Séneca: mete la cabeza entre las llantas del

carro que le conduce, y la rueda, al dar la vuelta, le rompía el espinazo.

Se envidiaba, se glorificaba y se admiraba á aquellos que con sus cuerpos defraudaban á Tiberio ó á Neron.

Cremonio Cordo, acusado bajo el reinado de Tiberio, se deja morir de hambre, y hay pública alegría al ver que los lobos devoradores que esperaban tragarle tienen que dejar en la inacción á sus dientes agudos.

Petronio, invitado por Neron á morir, se tiende en un baño y se hace abrir las venas, habla con sus amigos, recuerda que tiene un magnífico vaso *murrino* el que ha de heredar Neron si se descuida: se hace vendar brazos y piernas, hace traer el vaso, le hace romper en mil pedazos en su presencia, y haciéndose quitar los vendajes, muere lleno de alegría por aquella pequeña venganza.

Hasta el hombre hastiado busca en la muerte un lenitivo á su disgusto. *Fastidiose mori*, dice Séneca.

A este autor, sobre todo, es á quien es preciso estudiar en el particular; cualquiera cree al leerlo que él también apurará un día la amarga voluptuosidad del suicidio.

Roma padece *spleen*; ese dios fatal que se cierne sobre Lóndres,—Lóndres carece de conventos des-

de Enrique VIII,—ese dios fatal, decimos, acostado sobre un lecho de niebla, tiene altares en Roma.

“Hay, dice Séneca, una extraña manía de la nada, una fantasía de morir, una inclinación loca hácia el suicidio; los cobardes no se libran de ella, viéndose atacados de la enfermedad lo mismo que los valientes; unos se matan por desprecio de la vida; otros por cansancio de ella; otros, en fin, se aburren pura y simplemente de hacer todos los días la misma cosa, repitiendo hoy lo de ayer y mañana lo de hoy.

“Y, en efecto, ¿no debe ponerse un fin á tan monótona existencia?

“Despertar, volver á dormir; tener frío, tener calor; nada concluye; el mismo círculo da vueltas sin cesar.

“La noche sucede al día; el estío trae el otoño; el invierno la primavera: siempre lo mismo; todo para volver; nada hay nuevo bajo el sol.”

En fin, muchos mueren, ó mas bien, se matan, no porque la vida les sea dura, sino por considerarla supérflua: *Quibus non vivere durum, sed superfluum*.

De tal modo se ha convertido el suicidio en un accidente de la vida, accidente previsto, ordinario, que se discute, se razona y se aconseja sobre él.

Pasa por la imaginación de un hombre la idea de matarse; sin embargo, no está aún completamente decidido. Entonces reúne á sus amigos, los consulta

y hace lo que resuelve la mayoría. La mayoría ha votado el suicidio.

—Imposible, direis, que se llegue á tal grado de inmoralidad.

Ejemplo.—Este ejemplo nos lo proporciona el mismo Séneca:

“Atacado Tulio Marcelino de una enfermedad larga y dolorosa, pero no incurable, tuvo idea de matarse y, en su consecuencia, reunió algunos amigos. Unos, *cobardes y tímidos*, le daban el consejo que se hubiesen dado á sí mismos; otros, verdaderos aduadores, le daban el que creían que descaía Marcelino.

“Pero, continúa Séneca, un estóico, amigo nuestro, hombre superior y animoso, le habló de muy diferente modo.

—“No te afectes, Marcelino, le dijo, como si se tratase de una cuestion importante. ¿Es un bien tan grande el vivir? Los esclavos y los animales viven tambien. El gran negocio es morir con discrecion y valor. ¿No vives hace ya bastante tiempo? El alimento, el sueño y el placer de los sentidos, ¿no son siempre los mismos? Se puede querer morir, no solo por *razon*, por valor, por *cansancio*, por sufrimiento, sino tambien por fastidio.....”

Lectores cristianos, ¿qué decís de ese hombre superior y animoso, de ese amigo de Marcelino?

Esperad; no es eso todo, y el filósofo no se contenta con lo referido.

Los esclavos titubean en satisfacer el deseo de su señor. El los anima, los impulsa, los escita.

—Vaya, dice, ¿qué miedo es el vuestro? Los esclavos no tienen nada que temer cuando su señor muere voluntariamente. Os prevengo que igual crimen es en el esclavo el matar á su amo que el impedirle que se mate.

¿Creeis que Séneca nos cita ahí un ejemplo aislado.

Nada de eso.

La tía de Libon aconseja á su sobrino que se mate; la madre de Mesalina se lo aconseja á su hija; Atico anuncia su muerte á su familia; el retórico Albucio Silo arenga al pueblo y le espone los motivos que le determinan á quitarse la vida; Coceyo Nerva se mata á pesar de Tiberio; Tráseas da un ejemplo admirado por Tácito.

“Es un hecho, dice Montesquieu, que los hombres se han hecho menos libres y menos animosos desde que no saben librarse de cualquier poder por medio del suicidio.”

Es verdad que en su obra “De la Grandeza y de la Decadencia de los romanos,” Montesquieu parece echar de menos los combates de los gladiadores.

Véase si no lo que sigue:

“Desde el establecimiento del cristianismo los combates se hicieron raros. Constantino prohibió que los hubiera. Honorio los abolió completamente, y posteriormente hicieron lo mismo Teodorico y Oton de Freisingen. Los romanos solo conservaron de sus antiguos espectáculos lo que podia debilitar el valor y servir á la voluptuosidad.”

Sin embargo, todos aquellos filósofos eran discípulos de las escuelas griegas, y los griegos prohibian el suicidio.

“Pitágoras, dice Ciceron,—*De Senectute*,—nos prohibe abandonar nuestro puesto sin orden del general, esto es, de Dios.”

Ya veremos mas tarde que el pobre Ciceron, que durante toda su vida no habia brillado por el valor, no por eso muere menos mal.

Platon, en aquel Phedon que Caton leia antes de matarse, era del parecer de Pitágoras.

Bruto, el mismo Bruto que se matará tambien, juzga por espacio de mucho tiempo la muerte de Caton como indigna de él y como irreverente hácia los dioses.—Sin embargo, una vez perdida la batalla de Filipos, seguirá el ejemplo dado por Caton despues de la batalla de Thapso.—Así, toda esa sangre que corre y va á inundar á Roma durante tres siglos, sale de las entrañas de Caton.

Ahora, admire á ese filósofo quien quiera.

XXXIV

La antigua república habia muerto con Caton, César habia recogido su último suspiro.

Podia perseguir inmediatamente á los pompeyanos y pasar á España al par de ellos; pero juzgó necesaria su presencia en Roma.

Señaló su vuelta con una arenga magnífica; habló de su victoria como si quisiera hacérsela perdonar y dijo que el país en que acababa de triunfar era tan estenso, que el pueblo romano sacaria de él todos los años doscientos *medimnos* áticos de trigo y tres millones de libras de aceite.

Aquel triunfo de César fué un espectáculo terrible y maravilloso á la vez.

Habia llevado de las Galias á Vercingetorix—á quien hemos visto arrojar sus armas unas tras otras

á los piés de César é ir á sentarse despues á las gradas de su tribunal,—de Egipto á Arsinoe,—la jóven hermana de Cleopatra, huida del palacio de aquella con Ganímedes,—y de Africa al hijo del rey Juba.

Este último debió á aquel suceso un estraño cambio de condicion y de nombre. Nacido bárbaro y nómada, llegó á ser uno de los mas sabios historiadores griegos.

César triunfó por sus victorias en las Galias, en el Ponto, en Egipto y en Africa.

De Farsalia no se dijo ni una palabra.

Aquella misma noche fué degollado Vercingetorix.

Las fiestas duraron cuatro dias. El cuarto, César, con las mejillas llenas de colorete, sin duda para ocultar su palidez, cubierta la cabeza con un sombrero de flores, y calzados los piés con pantuflas encarnadas, inauguró la plaza pública, que á causa de su nombre fué llamada Julia. Despues el pueblo lo acompañó á su morada, entre cuatro elefantes que habia cogido á Scipion y los cuales llevaban hachas y antorchas.

Despues del triunfo vinieron los regalos.

César distribuyó á los ciudadanos seis medidas de trigo y trescientos sestercios por cabeza; cada soldado recibió veinte mil sestercios. Despues convidó á todos, ciudadanos y soldados, á un gigantesco festín

en el cual se dispusieron veintidos mil mesas de á tres camas cada una; en cada cama podian colocarse cinco personas, y eso da un total de trescientos treinta mil convidados.

Despues sació de espectáculos á aquella multitud harta de carne y vino.

Hizo construir un anfiteatro para dar cazas y en una de ellas apareció por primera vez el camaleopardo (la girafa),—animal que los antiguos miraban como fabuloso, y cuya existencia negaron los modernos, hasta que Laveillant envió uno desde las orillas del rio Orange.—Allí hubo combates de gladiadores y cautivos, de infantes y ginetes y de elefantes: en el Campo de Marte, trasformado en naumaquia, hubo un combate naval en el cual pelearon jóvenes nobles; en todos fueron numerosas las víctimas. Preciso era dar á todos aquellos romanos que no habian podido asistir á las batallas de Farsalia y Thapsa, una idea de lo que habian sido aquellas inmensas matanzas.

Varios caballeros bajaron al circo y pelearon como gladiadores: el hijo de un pretor se hizo mirmillon.¹ César impidió que combatiese un Senador.

“Preciso era, dice Michelet, dejar algo para los tiempos de Domiciano y Cómodo.”

¹ Gladiador armado á lo gale.

Y sobre todas las calles, y las plazas, y la naumagium, y el anfiteatro, se extendia por primera vez el *Velarium*, destinado á librar á los espectadores de los rayos del sol. César habia llevado á Roma aquella innovacion, tomada de los pueblos de Asia.

Pero, ¡cosa estraña! en vez de agradecerle aquella inmensa cantidad de oro que le arrojaba á manos llenas, el pueblo se quejaba de tal profusion y gritaba á voz en cuello: “Lo ha adquirido malamente y por eso lo gasta de un modo loco.” Hasta los mismos soldados se amotinaron por idéntica causa, y aquella especie de revuelta duró hasta que César se presentó en medio de ellos, y cogiendo personalmente á uno de los sediciosos lo hizo ejecutar en el acto:

César asistió á todas las fiestas esprasadas, y hasta á las farsas del teatro. Mas aún; habia en Roma un viejo caballero romano llamado Laberio, que hacia piezas, y le obligó á representar él mismo en una de ellas. El pobre anciano dirigió algunos versos al pueblo para esplicarle su tardía aparicion en el teatro.

“Ay! decia, á lo que me ha impelido la necesidad casi en mi dia postrero. Despues de sesenta años de vida honrada, haber salido de mi casa caballero y volver á ella histrion! Oh! he vivido un dia de mas.”

De ese regreso de César á Roma debe datar todo historiador inteligente la era del Imperio. Con ese regreso comienza la invasion de los bárbaros que su-

mergirá á Roma. Desde el principio de la guerra civil, apreciando á aquellos hombres, tan difíciles de vencer como enemigos, y tan francos y fieles como aliados, César ha dado el derecho de ciudad á todos los galos nacidos entre los Alpes y el Eridan. Despues de Farsalia y Thapsa, en recompensa de los servicios que le han prestado, los nombra senadores. Hace colegas de Ciceron á centuriones, soldados y hasta libertos.

Entonces fué cuando se fijó en Roma aquella célebre recomendacion:

“Se ruega al público que no indique á los Senadores el camino del Senado.”

Ademas de las canciones que ya conocemos sobre Nicomedes y el vencedor *calvo*, se cantaban otras cuyos versos decian:

“César conduce á los galos detras de su carro, pero es para llevarlos al Senado: han dejado el traje celta por la laticlava.”

No sin razon obraba César de aquel modo; queria hacerse dar todos los honores y todos los poderes, y sabia que semejante senado no le negaria nada. Así, le concedieron por aclamacion, como se dice hoy: facultad para juzgar á los pompeyanos, derecho de paz y guerra y poder para distribuir las provincias (escepto las llamadas populares) á los pretores, con tribunado y dictadura: así tambien fué proclamado pa-

dre de la patria y libertador del mundo. Sus hijos,—ya sabemos que aparte de Cesarion, de nacimiento dudoso, no había tenido ninguno,—fueron declarados *imperatores.* Encima de una estatua de bronce que representaba á la Tierra, se colocó la suya con esta inscripción: *Al semi-dios.* En fin, el seductor calvo, el hombre que había vencido á los galos, pero que había sido vencido por Nicomedes, fué nombrado *reformador de las costumbres;* ¡y no hacia aún un año que había alojado bajo el techo conyugal, al lado de su mujer Calpurnia, á la bella Cleopatra con su esposo de once años y aquel hijo que se le atribuía tan públicamente que se llamaba Cesarion! ¡y Helvecio Cinna, tribuno del pueblo, preparaba una ley que le permitiría casarse con cuantas mujeres quisiese, á fin de tener herederos!

No es eso todo: el cambio se verifica á la vez en las cosas materiales, políticas é intelectuales. El inmutable *Pomperium* retrocede, no ya ante un decreto del senado, sino por la voluntad de un solo hombre. El almanaque no está acorde con la revolución del año; se cuentan aún los meses por la luna; César ha conferenciado sobre esa irregularidad, con los sábios egipcios, y en lo sucesivo el año tendrá trescientos sesenta y siete días.

La naturaleza y el clima mismo son vencidos: la girafa de Abisinia y el elefante de la India van á ha-

cerse matar bajo un bosque mobible en el circo romano: los buques combaten en tierra, y si Virgilio hubiese cantado ya las mieses y los pastores, no llegaría á extrañarse ya ver pacer un día los ciervos en los aires.

“¿Quién osará contradecir, esclama Michelet, á aquel á quien la naturaleza y la humanidad no han negado nada, á aquel que á su vez no ha negado nada á nadie,—ni su poderosa amistad, ni su dinero, ni aun su honor?—Venid, pues, todos, de buen grado, á declamar, combatir, cantar, morir en esa bacanal del género humano que se agita en torno de la engalanada cabeza del Imperio. La vida y la muerte es todo uno. El gladiador se consuela mirando á los espectadores.—El Vercingetorix de los galos ha sido estrangulado esta noche despues del triunfo. ¡Cuántos otros de los que están aquí van á morir en breve!—¿No veis junto á César á la graciosa víbora del Nilo? Su esposo de diez años es su Vercingetorix; tambien lo hará perecer.—¿Y no percibís tambien al otro lado del dictador el macilento rostro de Casio y el angosto cráneo de Bruto, pálidos ambos bajo sus blancas togas bordadas de un rojo color de sangre?”.....

Pero en medio de las fiestas y los triunfos, César recuerda la España rebelada; sus tenientes le llaman allí á gritos.

Esperad; César tiene aún una última cosa que hacer: el censo del Imperio.

El último había arrojado trescientos veinte mil ciudadanos; el de César no da mas que ciento cincuenta mil.—Ciento setenta mil habían perecido con la guerra civil y las plagas que habían afligido á la Italia y á todas las provincias.

Terminado el censo, pensando César que la guerra, devoradora de hombres, había durado ya demasiado tiempo, salió de Roma y en veintisiete dias llegó delante de Córdoba.

XXXV

En aquellos veintisiete dias compuso un poema titulado *el Viaje*.

Ya durante su presencia en Roma se había entretenido en contestar al elogio de Caton por Ciceron, escribiendo un folleto intitulado: *el Anticaton*.

Varias veces hemos tenido ocasion de citar ese folleto; su fecha precisa es entre las guerras de Africa y España.

Antes, en un viaje que había hecho á través de los Alpes, había dedicado á Ciceron dos volúmenes sobre gramática y ortografía.

César tenía inteligencias en Córdoba, en la cual se hallaba el hijo menor de Pompeyo, Sexto; mientras el mayor, Cneo, sitiaba la ciudad de Ulia.

Apenas había llegado, cuando algunos hombres salidos de la ciudad le anunciaron que le seria fácil

apoderarse de ella, atendido que nadie sabía aún su presencia en España.

En seguida espidió correos á Quinto Pedio y Favio Máximo, que eran sus tenientes en la provincia, á fin de que le enviasen caballería del país.

Dichos enviados hallaron modo, además, de hacer saber á los habitantes de Ulia que César había llegado.

Al momento, del propio modo que habían acudido enviados de la ciudad de Córdoba, vinieron otros de la de Ulia. Habían pasado, sin ser descubiertos, á través del campamento de Cneo Pompeyo é iban á suplicar á César que los auxiliase lo mas pronto posible, atendido que eran sus fieles aliados.

César hizo partir seis cohortes y otros tantos ginetes como infantes á las órdenes de Junio Pacheco, capitán español experimentado y conocedor del país.

Para volver á atravesar el campamento de Pompeyo, escogió Pacheco el momento en que estallaba una tempestad tan violenta, que á distancia de cinco pasos era imposible distinguir á los amigos de los enemigos. Había ordenado sus hombres en dos hileras, á fin de ocupar el menor espacio posible y empezaba á entrar en el campamento cuando un centinela le gritó:

—¿Quién vive?

—¡Silencio! contestó Pacheco; somos un destacamento que va á tratar de sorprender la ciudad.

El centinela, sin sospechar nada, dejó pasar á Pacheco, el cual atravesó todo el campamento sin experimentar ninguna otra dificultad.

Llegados á las puertas de Ulia, hicieron la señal convenida de antemano; entonces se unió á ellos una parte de la guarnición y reforzados de aquel modo, dejando atrás una fuerza respetable para sostenerlos en caso de retirada, se lanzaron sobre el campamento de Pompeyo, introduciendo en él tal desorden, que Cneo, ignorante de la llegada de César, lo creyó todo perdido durante algunos momentos.

César, por su parte, para obligar á Cneo á levantar el sitio de Ulia, marchó contra Córdoba, poniendo un infante á la grupa de cada jinete.

Los habitantes, que creían no tener que haberse las mas que con estos últimos, hicieron una salida; pero cuando ambas fuerzas estuvieron cerca, los infantes echaron pié á tierra y los hombres de César se hallaron ser en doble número de los que al pronto parecían.

Entonces infantes y ginetes se lanzaron sobre los pompeyanos, y los envolvieron de tal modo que, á pesar de haber salido de la ciudad algunos miles, solo consiguieron volver á entrar en ella algunos cientos.

Los que pudieron contarse en ese número anunciaron que César había llegado y que acababan de ser derrotados por él mismo.

Sexto Pompeyo espidió en seguida correos á su hermano, á fin de que levantase el sitio de Ulia y fuese á reunirse con él antes que César tuviese tiempo de atacarle en Córdoba.

Cneo se reunió á su hermano con el corazón lleno de rabia, pues en pocos días mas hubiera tomado á Ulia.

En fin, después de algunas escaramuzas, César acampó en la llanura de Munda; preparándose á sitiarse la ciudad y combatir al mismo tiempo á Cneo Pompeyo, si este quería aceptar la batalla.

A eso de media noche llegaron sus corredores á anunciarle que Pompeyo parecía querer aceptarla en efecto.

César hizo desplegar el estandarte encarnado.

A pesar de lo ventajoso del punto en que se hallaban acampados los pompeyanos, fué aquello para el ejército de César un gran motivo de alegría.

Los pompeyanos, en efecto, estaban acampados en una colina y contaban además con la ciudad de Munda, en la cual tenían guarnición; entre ellos y el campamento de César se extendía una llanura de cinco cuartos de legua; dicha llanura estaba atravesada por un arroyo, el cual hacia mas fuerte aún la

posición de los pompeyanos, pues se había desbordado y formado en la orilla derecha una especie de pantano.

Viendo César al amanecer, al enemigo formado en batalla en lo alto de la colina, creyó que bajaría á la llanura, donde su caballería tendría espacio en que extenderse.

Hacia un tiempo magnífico, un verdadero tiempo de batalla, y todo el ejército cesariano se alegraba del combate, aunque ciertos estremecimientos pasasen por los corazones, pensando que aquel día iba á decidir de la fortuna de ambos partidos.

César anduvo la mitad del camino esperando que los pompeyanos hiciesen otro tanto; pero estos no quisieron alejarse mas que un cuarto de legua de la ciudad, á fin de servirse de ella, en un caso, como de un baluarte.

César hizo precipitar la marcha á sus soldados y llegó al arroyo.

Sus enemigos podían disputarle el paso, pero no lo hicieron.

El ejército pompeyano se componía de trece legiones, seis mil soldados de infantería ligera y otros tantos aliados; la caballería estaba colocada en las alas.

César solo tenía ochenta cohortes de infantería pesada y ocho mil caballos. Es verdad que contaba

con una diversion que debía efectuar el rey Bogud.
—Creemos haber dicho ya que este era el mismo á quien los romanos llamaban Bocco, y el cual estaba casado con aquella reina Eunoe, de la cual habia sido amante César.

Llegado este á la estremidad de la llanura, prohibió á sus tropas el seguir adelante; los soldados obedecieron de mala gana.

Como en Farsalia, César habia dado por santo y seña *Vénus Victoriosa*. Pompeyo por su parte *La Piedad*.

El alto mandado por César aumentó el valor de los pompeyanos, pues creyeron que tenia miedo, y decidieron empeñar en seguida el combate, á fin de aprovechar la ventaja de la posicion.

César tenia, segun costumbre, la famosa legion décima en el ala derecha, y la tercera y la quinta á la izquierda, con las tropas auxiliares y la caballería.

Viendo el movimiento de los pompeyanos, los soldados de César no pudieron contenerse; franquearon la línea que su gefe les habia trazado y se lanzaron sobre las primeras filas; pero allí experimentaron una resistencia, que no estaban habituados á encontrar.

Todos los hombres que llevaba César consigo: aquella décima legion con la cual se habia paseado por el mundo antiguo; aquellos viejos soldados que

le seguian en sus marchas, mas mortíferas, por su rapidez, que las batallas mismas; aquella legion de la Alondra, formada en las Galias, que por un momento habia esperado saquear á Roma, como habian hecho sus antepasados en tiempo de Camilo, que César habia alejado de allí y que despues de vencer con ella en Africa, la habia llevado de nuevo á España á pelear contra los africanos, todos aquellos hombres, decimos, habian contado con una batalla como Farsalia ó como Thapsa, y estaban cansados, estropeados, destrozados.

Todos, pues, retrocedieron, hallando en lugar de hombres un muro de granito.

Hubo un arremolinamiento terrible en el ejército de César.

Este se apeó del caballo, hizo seña á sus tenientes de que lo imitaran, recorrió con la cabeza desnuda el frente de la línea de batalla, y alzando los brazos al cielo, gritó á sus soldados:

—Miradme á la cara.

Pero veia que el triunfo se le escapaba de las manos, y sentia cernerse sobre su cabeza el presentimiento precursor de la derrota.

Entonces, arrebatando el escudo á un soldado:

—Huid vosotros, si quereis, dijo; yo moriré aquí!

Y avanzó solo hácia el enemigo hasta llegar á distancia de diez pasos.

Doscientos dardos, flechas y javalinas llovieron sobre él. Evitó los unos y recibió las otras en su escudo, permaneciendo en el mismo sitio, como si sus piés hubiesen echado allí raíces.

Al fin los tribunos y los soldados se avergonzaron. Prorumpieron en un inmenso grito y con indomable ímpetu se precipitaron en auxilio de su imperator.

Ya era tiempo.

Afortunadamente también en aquel momento efectuaba el rey Bogud la diversion de que hemos hablado.

Labieno, aquel teniente de César que este había encontrado donde quiera, como su mas encarnizado enemigo, se encargó de hacer frente á aquel nuevo ataque. Cogió mil doscientos ó mil quinientos ginetes, y partió á galope al encuentro del rey moro.

Pero aquel movimiento fué mal interpretado por los pompeyanos; creyeron que huía.

En seguida cundió un sentimiento de escitacion por todo el ejército.

Pero Sexto y Cneo se lanzaron al punto á la primera fila y restablecieron de nuevo el combate.

La lucha duró hasta la noche. Durante nueve horas, ambos ejércitos pelearon pié contra pié, javalina contra javalina.

Al fin cedieron los pompeyanos, "sin lo cual, dice

el autor de la *Guerra de España*, no hubiera quedado uno siquiera."

Se retiraron á Córdoba, dejando treinta mil muertos en el campo de batalla.

César habia perdido unos mil hombres.

Cogió las águilas de las trece legiones, todas las banderas y todas las haces.

En el campo de batalla se hallaron los cadáveres de Labieno y Varo. *IVXXX*

—Ah! dijo César, respirando despues de aquella terrible lucha; los demas dias he combatido por la victoria; hoy lo he hecho por la vida!